

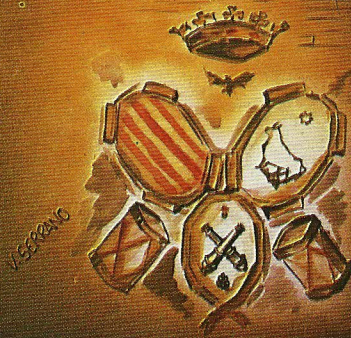
FIESTAS DEL ANGEL

1984



TERUEL

DEL 29 DE JUNIO
AL 9 DE JULIO



Salutación del alcalde

Nuestras Fiestas Mayores van a comenzar, la Ciudad, los turolenses, conscientes del encuentro, jubiloso y crítico, con los ausentes, con los visitantes, con nuestros propios convecinos en las calles, que en esos días dejan de ser vías para ser lugar común de convivencia y comunicación, esperamos impacientes el sonido claro del Campanico del Angel, que durante siglos convocó a la Ciudad, anunciando el comienzo de las Fiestas con la solemne proclamación de su Reina y Damas de Honor.

El programa mantiene el esquema de años recientes. El molde se rompió, cuando hace más, la Corporación que regía, acordó trasladar los festejos de San Fernando a la Vaquilla, entendiendo con buen criterio, que el refrán del 40 de mayo, aplicable a gran parte de nuestra piel de toro, se cumple habitualmente en nuestro entorno, y juntas, pero no revueltas, las trasladadas, con su carácter común al de tantas otras ciudades, sirven en cierta manera de pórtico a nuestra incomparable Vaquilla. En él, la Comisión de Fiestas, pues tiene la meta muy clara, se ha esforzado en ganar la batalla, a favor de Teruel, entre sus ilusionados objetivos y la penosa y limitada aridez presupuestaria, elaborando un programa amplio, participativo, que no desmerezca si alguien entra por el camino poco elegante de la comparación.

Después, la fiesta se convierte en rito y, nuestra Vaquilla del Angel, tradición centenaria, guardada celosamente por cada turolense, se adueña de la Ciudad, ofreciendo algo único y envidiado por todos. Tiene su comienzo claro y el vaquillero, anhelante, ansioso, domina su impaciencia hasta que en la tarde del sábado el Campanico abre las puertas de otra alegría diferente. Y sus respetos, como en la tarde del domingo, en que cada uno de los toros, totem de la fiesta, muestra su fiereza en la arena sin que ningún vaquillero deba osar acercarse. Su momento llegará en la madrugada donde, con un quiebro, jugará con el riesgo poniendo a prueba su valor.

Este año se utilizará para marco de los espectáculos, el Parque Municipal y su auditorio. A veces los sueños se hacen realidad y la Ciudad lo tuvo en él.

Ya está ahí la cita de cada año, acude éste con ilusión. La hospitalidad, gentileza y cordial convivencia volverán a distinguirnos. Invito a todos, turolenses o no, a obrar en consecuencia y a gozar de las fiestas con alegría y exquisito respeto a nuestras tradiciones.

RICARDO ECED SANCHEZ

El Toro..., la Vaquilla y... el Angel

por Mariano Esteban Pueyo

Creo que en nuestra fiesta mayor esa trilogía se confunden y mezclan, para entre las tres dar a la Vaquilla del Angel esa proyección que la distingue de cientos de espectáculos similares que se prodigan a lo largo y ancho de nuestra geografía peninsular. Porque la fiesta del toro como tal, en su variedad de lidia y como manifestación popular de «Vaquillas» dejó Europa que en tiempos estuvo cubierta de estos animales, para reducirse a nuestra patria y Portugal, Francia y por la exportación a Hispanoamérica.

El toro, animal mitológico, símbolo de poder y fiereza; cuenta la mitología que en la tierra de Sidón y Tiro habitaba la virgen Europa, de belleza deslumbrante. Zeus, desde el Olimpo se enamoró de ella y decidió raptarla. Para conseguir su objetivo se convirtió en toro de gráciles y pequeños cuernos, de cuerpo dorado, robustos los músculos del cuello y apuesta figura, **con una mancha plateada en la frente** —similar a la estrella de nuestro Torneo— y unos ojos azules llenos de pasión —como el cielo turolense—. Mezclado con los otros toros se acercó donde estaban las doncellas, pero mientras la mayoría se fueron en busca de pastos, él se fue acercando hasta la bella Europa y las demás muchachas. Muy pronto su hermosura y dulce porte atrajeron la atención de las jóvenes al punto que les entraron deseos de contemplar de cerca y acariciar su dorado lomo. El toro se acercó mansamente, confiado, hasta Europa quien acercó un ramo de flores a su boca que el toro lamió, exhalando mugidos suaves de satisfacción. Europa se atrevió a imprimir un beso en su frente y el toro se echó a sus pies invitándole a montar sobre él. La hermosa doncella subió confiada y cuando lo había necho, el animal arrancó a una velocidad increíble adentrándose en los mares, nadando con tal destreza que ni las gotas de agua manchaban a su dulce prisionera.

Por fin, tras una larga noche aferrada a los cuernos, la fiera arribó en una playa lejana y depositó con suavidad a la bella joven, desapareciendo para regresar muy pronto un apuesto y hermoso joven, de porte majestuoso. Europa accedió y se entregó con pasión. Pero una vez logrado su propósito el galán desapareció.

Llegó la desesperación en Europa que incluso intentó poner fin a su vida hasta que se personó Afrodita, acompañada de su hijo Amor y le consoló con estas palabras: «Consuélate, doncella, ha sido Zeus tu raptor. Ahora eres ya la esposa del inmortal Júpiter. Tú también serás inmortal pues esta tierra a donde te ha traído, se llamará a partir de ahora tu propio nombre: Europa».

Lo cierto es que, en nuestro continente el toro se multiplicó y extendió en grandes manadas, para quedar reducido a la zona occidental. Puede que por esa magia tuviera como meta España y Teruel.

Desde antiguo el correr de los toros se denomina «Vaquillas». Es el diminutivo de vaca, es decir, la lechera que tiene de año y medio a dos de edad. En las fiestas primitivas se buscaban jóvenes para jugar con ellas, y divertirse sin demasiado riesgo y puede que también sea una reminiscencia del aprecio y veneración que siempre se ha tenido a la hembra del toro.

La vaca es síntoma de riqueza: «Arrímate a la vaca» y sobre todo de bienestar y fecundidad. Los indios creen que con su leche y los «havis» elaborados por la misma se mantienen todas las criaturas del universo y no solamente en sí la vaca que es sagrada (¿es el Angel una evolución actualizada por el cristianismo de ese sentido divino que siempre se le ha dado a esta hembra?) sino también los cinco productos que de ella salen: leche, quesos, manteca, estiércol y orines que son otros tantos productos de purificación del hombre y para ello se mezclan a veces de forma desagradable, pero es tanta la fe y el respeto que tienen por este animal sagrado que en el artículo 78 del Mahabharata, capítulo XIII, se dice que «el hombre verdaderamente piadoso no ha de sentir nunca repugnan-

cia por estos olores del orín y el estiércol de las vacas». «El que matare —añade— comiere o permitiere que se mate a una vaca, se pudrirá en el infierno, tantos años cuantos pelos tenga la vaca sacrificada».

La divinidad de la vaca se remonta ya al faraón egipcio Ramsés II que con su hijo, se les ve en un grabado llevando una por el rabo, hasta el sacrificio. No es nada extraño que en nuestros tiempos la paganización de la fiesta se haya visto influenciada por la divinización del Angel.

Pero es que además, ya metidos de nuevo en la mitología he descubierto cantidad de relatos que hacen mención al toro. Sólo voy a traer aquí, porque creo puede tener cierta similitud con nuestra fiesta de la «soga» y la «baga», la hazaña de Hércules dominando en Creta a un toro que lanzaba fuego por sus fauces y mataba a cuantos se ponían delante. El hijo de Zeus y Alcmena con su fuerza descomunal consiguió apoderarse de la fiera tras enconada lucha y **con una cadena** lo llevó hasta la presencia de Euristeo.

Lo cierto es que nuestra Vaquilla del Angel, nuestra afición a los toros se remonta al siglo XIII. Yagüe de Salas, en su historia de los Amantes incluye que cuando llegó Marcella la noche antes de la boda de Isabel «En un corro entra embozado y después de alancear un toro se descubre».



Toros y Hombres: La autenticidad de una fiesta

Tanto juega el toro en la poblada lista de los arquetipos españoles que ha dado lugar a una densa y provechosa literatura. Sin embargo, no es momento ni tenemos espacio suficiente para demorarnos, página a página, en el análisis de esta variada producción escrita que la conjunción del hombre y el toro viene ofreciendo en España. Si el toro es el totem ibérico, (como lo definía Fernando Villalón en su obra **La Toriada**: «Ese gigante que mugiendo avanza/ -faros por ojos, ruedas por pezuñas- que hiriendo a nuestra madre con sus uñas/ trigo le hace parir con su pujanza/ es un inerte monstruo que es movido/ con carbón de tus selvas extraído»), es porque cada sistema de valores se caracteriza y distingue de los otros por ciertos leitmotivs a través de los cuales comprueba el investigador la validez de sus teorías en el área de un determinado perímetro cultural. En estas circunstancias, puede decirse que el toro es el símbolo que la tradición ha querido para quienes se instalaron Pirineo abajo Gibraltar arriba. Asunto más que reseñado este del culto al toro y del que interesa recordarle al lector sus orígenes prehistóricos y sagrados, que nada se vislumbran en nuestra histórica y profana fiesta nacional. En otras palabras, el devenir de los tiempos ha llevado la relación entre el toro y el españolito de la idolatría a la magia, del totem al artefacto de tramoya, y del arrobó místico a la emoción deportiva o visual. Según los seguidores del doctor Freud, el trote con el cornúpeto, la corrida y el encierro constituirían el símbolo pintoresco y emocionante de la superioridad del espíritu frente a lo material, de la inteligencia frente al instinto, del héroe que sonríe frente al monstruo de espuma en el belfo o, si así lo preferimos, del sabio Ulises frente al cíclope ignorante. Sería el triunfo del hombre sobre la fiera sensual y agresiva una proyección invisible de una victoria. Pero dejemos a los psicólogos, psiquiatras y demás gentes del intelecto con su retórica particular. Nuestro interés es el papel determinante que el toro desempeña en las fiestas populares españolas y, más concretamente, porque el espacio apremia, en Teruel.

Suelen decirnos los eruditos que la autenticidad de una fiesta debe medirse por el grado de incardinación que ésta tiene entre sus protagonistas, por ese interrumpir el ciclo

vital que los habitantes del lugar realizan cuando llega lo festivo, la celebración. En esa hipotética batalla por la obtención del marchamo de lo genuino, de lo real frente al folklorismo turístico en que han caído determinados festejos, Teruel tiene bien seguro su galardón de espectáculo popular, de respeto a unas jornadas en las que la diversión es rito, necesidad dominante entre los hombres de estas tierras de Aragón. Ya decía, con buen criterio, Luis Cernuda que «hay destinos humanos ligados con un lugar o con un paisaje». Pero, más allá del acierto que tuvo el poeta en esa frase lúcida, hay que reseñar aquí, además, que las Fiestas de Teruel, el juego del hombre y el toro, sirven como vehículo de comunicación, como muestra del lado más amable y humano de un grupo social, como ejemplo vivo de una cultura, unas costumbres y unas tradiciones que por nada del mundo debemos dejar que se pierdan, al contrario, debemos prestarles todo nuestro apoyo en la línea de una revalorización de las mismas. Se trata, en definitiva, del cultivo de lo lúdico, de la afirmación de nuestras entrañables raíces. Como dijo, con la enjundia que le caracteriza, Fernando Sánchez-Drago: «para enfrentarnos al futuro, para correr nuestra suerte colectiva, tenemos hoy por hoy un último y solitario caudal: el toro. Si yo cupiese en tus zapatos, español, no lo desperdiciaría».

Raúl Carlos Maicas

